

Ella se llama Alejandra, Jandra para los amigos, y él se llama Luis. Son los dos «de buena familia». El padre de Luis es abogado. El padre de Alejandra no se sabe lo que es, pero es algo que da para vivir holgadamente en una casa con jardín y piscina. La silla de pista se me vuelve esta semana butaca de patio para asistir a la proyección de un recién estrenado film de española y aun españolísima, factura, en el que salen triunfantes las virtudes sexuales propuestas por el «establishment». El autor de la película, don Pedro Masó, es un moralista tan eficaz, por lo menos, como el padre Félix García, que esta semana ha publicado en «ABC», de Madrid, un artículo que lleva el elocuente título de «Excesivo». Pero el señor Masó, al contrario del padre Félix García, cuyo apostólico afán le ha llevado a acercarse incluso a ilustres lechos de muerte para devolver al redil mentes «descarriadas», es un moralista con intenciones comerciales. Su film se titula «Experiencia prematrimonial», y constituye una enérgica advertencia a los extravíos de la juventud española, la cual, aunque al decir de algunas autoridades en esta materia, no anda tan extraviada como la de otros países, se halla, no obstante, en peligro de apartarse del recto camino.

Pues, a lo que iba: he aquí que una noche en que los papás de Alejandra celebran sus bodas de plata en los jardines de su mansión madrileña, quiere la mala fortuna que Alejandra, que se encuentra charlando con su novio formal, Luis, en la espesura del jardín, asista sin quererlo a una comprometedor escena: detrás de un seto de aquellas frondosidades, está el mismísimo padre de Alejandra, el señor Espinosa, declarando apasionadamente, de palabra e incluso de obra, su amor a una señora rubia a la que un momento antes hemos visto entrar en la casa acompañada de su ya algo maduro y, a lo que se comprende, condescendiente esposo. Alejandra, aunque ya su intuición femenina la hacía ver que existía alguna frialdad entre sus progenitores, queda, sin embargo, consternada, al presenciar tan a lo vivo los excesos de su padre adúltero, y se refugia, llorando, en los brazos de su novio formal. Huelga decir lo mucho que, ideológicamente hablando, condiciona aquella visión a la muchacha. Al día siguiente, mira por donde, se celebra, en la clase de Ética de la Facultad de Filosofía y Letras donde Alejandra cursa sus estudios, un coloquio que versa, precisamente, sobre el tema del matrimonio. El profesor es un defensor acérrimo de esta institución, pero la escarmantada Alejandra interrumpe el encendido panegírico de la cátedra y dice que, si bien ella no está contra el matrimonio, piensa que, antes de casarse, los novios deben pasar por la «experiencia prematrimonial». Los alumnos y alumnas que llenan el aula, que son unos jóvenes todos ellos muy «in», vestidos a lo «corte inglés», quedan al principio estupefactos ante el discurso de Alejandra, y luego, ya recuperados del asombro, se entregan a un celibérico jolgorio, con gritos, risotadas y frases atrevidas. El profesor pone fin al coloquio, y con enérgicas palabras intenta convencer a la inconformista señorita Espinosa de lo erróneo de sus ideas «modernas». De todo esto saca ya el público una primera moraleja, y es que el inconformismo de los jóvenes universitarios se debe a que han sorprendido a su padre besando a una señora rubia detrás de un seto del frondoso jardín de sus mansiones, pues si no fuera por eso, no tendrían motivo alguno para ser inconformistas.

Pero he aquí que la señorita Espinosa, que no ha salido ni mucho menos convencida de clase, habla en serio con su novio, Luis, y le exige, «en nombre de su amor», que hagan juntos la famosa experiencia prematrimonial. El fogoso joven, ante tal insistencia, lleva a su novia al apartamento de un amigo, donde, al disponerse a desnudarla, ella le dice que no es eso lo que quiere, sino una verdadera experiencia prematrimonial, a saber, marcharse a vivir jun-



EXCESOS PREMATRIMONIALES

tos y no casarse sin haberse conocido antes a fondo. Tanto Luis como Alejandra son mayores de edad; él, tiene veinticuatro años, y ella, veintidós, así que determinan exponer a sus respectivos padres su decisión. Alejandra habla con su madre, la cual la implora que no dé semejante paso. Reprocha entonces la hija a la madre «la mentira de su matrimonio», y la madre dice una frase de las más importantes de la película: «Cuando una mentira dura tantos años, es que no es mentira». Contrariamente a lo que le sucede a Alejandra, Luis tiene unos padres que forman un matrimonio modelo, como se demuestra en varias secuencias en que se les ve felicísimos. El padre de Luis dista mucho de aprobar el proyecto del prematrimonio de su hijo y le hace saber que, aunque no puede oponerse legalmente a ello, no ayudará a Luis «a equivocarse». Vista la actitud de sus padres, los novios deciden emplear unos ahorros que tienen en el alquilar de un apartamento amueblado y abandonar furtivamente sus respectivos hogares.

La «experiencia prematrimonial» de Alejandra y Luis, que se ha convertido en la comidilla de la Facultad de Filosofía y también de la Escuela de Arquitectura, que es donde el novio cursa estudios, marcha viento en popa al principio. Hay una frase de Luis que expresa, de forma inconfundiblemente académica, la felicidad del prematrimonio: «Por el teorema de Pitágoras y la raíz cuadrada de 3,1416, que estoy satisfecho». Celebran una fiesta a la cual acuden los amigos con «regalos de preboda». En estilo muy «joven», los compañeros y compañeras confeccionan unos muñecos de trapo y un cartel que colocan en la parte posterior del coche de Alejandra con la leyenda: «La experiencia prematrimonial está en marcha». Pero no todo es felicidad, y empiezan ya lo que los mismos amigos califican de «preproblemas». Alejandra tiene la costumbre de andar por la casa ligera de ropa, cosa que da al señor Masó la ocasión de mostrar al público las amanzanadas formas de la protagonista. Luis, que en el fondo es un novio carpetovetónico, se enfada mucho cada vez que ella se pasea ante los cristales del balcón o se sale a la terraza, advirtiéndola que en una ventana de la casa de enfrente, hay siempre un obrero mirándola. Así empiezan los primeros disgustos.

Pero, para disgustos, los que han sufrido entre tanto los padres de ambos al comprobar su marcha. El padre de Luis consuela como puede a su amante esposa. La madre de Alejandra no hace más que llorar. El señor Espinosa, por su parte, va a visitar al padre de Luis en su bufete de abogado. Despide éste a las secretarías y le dice al desesperado señor Espinosa que no hay nada que hacer, que los chicos son mayores de edad y libres de hacer lo que quieran. Dice entonces una frase que me parece también importantísima para la comprensión de la tesis de la película: «Desgraciadamente, no hay

leyes que impidan cometer esa inmoralidad». Se mesa el señor Espinosa los cabellos, queda consternado el buen padre de Luis y la cámara ya puede volver a casa de los novios en trance de experimentación prematrimonial. A los cuales se les ha terminado el poco dinero que tenían. Decide Luis ir a ver a un amigo de su padre, el arquitecto a quien se designa por don Joaquín. Don Joaquín recibe muy bien a Luis y le da trabajo. Alejandra se vende el coche para comprarle un tablero de dibujo, a fin de que Luis pueda hacer en su casa horas extraordinarias. El, ignorante de la venta del vehículo, pregunta de dónde ha salido el dinero, y, sospechando quizá que aquello puede tener que ver con el «strip-tease» que Alejandra suele hacer delante de las ventanas, se enfada con ella y la maltrata de palabra. También complica las cosas el hecho de que Alejandra no es buena cocinera. Se le queman las albóndigas con frecuencia, y uno de los personajes hace la original reflexión de que para una mujer tiene más importancia saber freír un huevo que recitar de memoria la «Crítica de la Razón Pura». Con la vida que lleva, trabajando para don Joaquín y quedándose hasta las tantas para terminar el trabajo, Luis no estudia y al fin de curso le suspenden en todas las asignaturas.

Todas estas desgracias les suceden a los novios por culpa de la experiencia prematrimonial de la que, según todos los indicios, han sido, en España, los pioneros. Pero no son las únicas. Alejandra visita, sin decirle nada a Luis, al ginecólogo, el cual confirma sus sospechas de embarazo. Aquí es donde la película del señor Masó enlaza con el artículo del padre Félix García, porque «los excesos» a que él se refería son los de «cierta prensa» que está tratando de «deslegalizar la vida, la libertad, las costumbres, para legalizar la desvergüenza...». La frase del ilustre teólogo aludía, sobre todo, a un artículo que unos días antes había publicado Francisco Umbral en el mismo «ABC», de Madrid, como comentario a una fotografía en la que Manuel Benítez «El Cordobés» festejaba con vivas muestras de alegría el nacimiento de su muy hermoso e «ilegítimo» hijo. «A uno le parece bien —decía Umbral, interpretando el sentir de muchos españoles no tan «excesivos» como pueda creer el padre Félix García— que en estos países tan de derechas de la baja Europa, haya un ciudadano, al menos uno, que vive por libre, se sale de madre y de alguna manera nos venga a todos de nuestra sumisión... Sí, hay que hacerle el salto de la rana a estas viejas sociedades europeas y dejarlas como al toro, burladas...». La defensa hecha por el padre Félix García del Código Civil, del Código Canónico y de las «madres matrimoniales», como el mismo decía, queda pálida al lado de la que hace el autor de «Experiencia prematrimonial». En efecto, el padre Félix García se limita a declarar «inadmisible dar un quiebro torero» a tan ilustres instituciones. Mientras que don Pedro Masó mata al niño. Ya se sabe lo que quiere decir que un autor «mata» a un personaje: que lo hace morir en el relato. El peso de la justicia divina cae en «Experiencia prematrimonial» sobre el inocente niño de Alejandra. Hago gracia al lector de varias escenas para pasar al momento en que Alejandra vuelve a casa de sus padres y pronuncia otra de las frases estelares del film: «Un día abandoné esta casa llena de ilusiones y hoy vuelvo desengañada». Su padre la lleva a la sierra «para que descanses y para ocultar tu embarazo». Luis, que no se ha enterado de que su novia espera un hijo, se reconcilia con sus progenitores y se va a veranear a San Sebastián. Le vemos en los bares de Ondarreta escribiendo cartas y haciendo llamadas que el padre de Alejandra intercepta siempre. El niño de Alejandra nace muerto. Luis, ya enterado de todo, y Alejandra, separados por un abismo casi insalvable, lloran amargamente su pecado. El público comprende perfectamente que, como suele decirse, «quien mal anda, mal acaba». ■ LUIS CARANDELL.